

ca regla de nuestras costumbres es el Evangelio; cualquiera otra es obra de nuestra invencion, de nuestro corazon, y de nuestro amor propio; por lo que no es de admirar que sea torcida y des-caminada. Por las ilusiones, en materia de moral, dijo determinadamente el Sabio, *que hay caminos que al hombre le parecen derechos, y su fin es muerte y perdicion*. Tales son los sistemas de conciencia que cada uno hace á su antojo; tales esos planes de moral que favorecen el genio, la inclinacion y la pasion dominante. Examina cuidadosamente cuales son tus ideas, tus máximas en este punto, cual es tu conducta. No te perdones ciertos defectos, ciertos pecados, ciertas licencias en materia de costumbres con pretexto de que eres exacto, de que eres rigido, y acaso severo en otras. Haz en buen hora limosna, que es edificacion; pero paga tus deudas, que es obligacion; no detengas la soldada á tus criados, ni el salario á los oficiales. No apures con demasiado rigor á tus deudores. ¿Estás en la iglesia con devocion y con modestia? bueno es eso; pero no seas en casa colérico, mal sufrido, impertinente y enfadoso, etc. Aquí tienes un dilatado campo para examinarte; conforma tu moral con el de Jesucristo.

2 Levantas el grito contra la licencia y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu zelo; pero examínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de odio, de envidia y de murmuracion. En el moral de Jesucristo no hay inconsecuencias, ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en el tuyo: no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechoso. Consulta tus cosas con un director sabio, prudente y despegado, que no tenga interés en lisonjarte, ni en contemplarte; esponle con sinceridad todas tus máximas; tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del Evangelio. Sea este la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otro moral que el que enseñó Jesucristo.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PROFETAS OSEAS Y AGGEO. (Vea-se su historia en las de hoy.)

EL TRÁNSITO DE SAN JUCUNDIANO, mártir, en Africa; el cual fué sumergido en el mar por la fe de Jesucristo.

SAN LAUREANO, obispo de Sevilla y mártir, en territorio de Bourges en Francia; su cabeza fué despues trasladada á Sevilla en España. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES INOCENCIO Y SEBASTIAN, CON OTROS TREINTA, en Sirmio.

SAN NAMFANION MÁRTIR, Y SUS COMPAÑEROS, en Madaura en Africa, á los cuales animó él al combate y condujo á la corona del martirio. (Este Santo obró durante su martirio varios prodigios y fué tal la admiracion que causó con su valor é intrepidez, que en las iglesias del Africa se le llamaba el protomártir africano. S. Agustin habla de él con especial elogio en su carta *11 ad Maximum Madaurensem.*)

SAN TEODORO, obispo, en Cyrene en Libia; al cual el presidente Digniano en la persecucion de Diocleciano mandó azotar con cordeles emplomados, y cortar la lengua; y finalmente murió en paz confesor de Jesucristo.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS FAVIANO II, obispo de Antioquia, y SAN ELÍAS, obispo de Jerusalem, en el mismo dia; á los cuales por defender el concilio de Calcedonia desterró el emperador Anastasio, y victoriosos volaron al Señor.

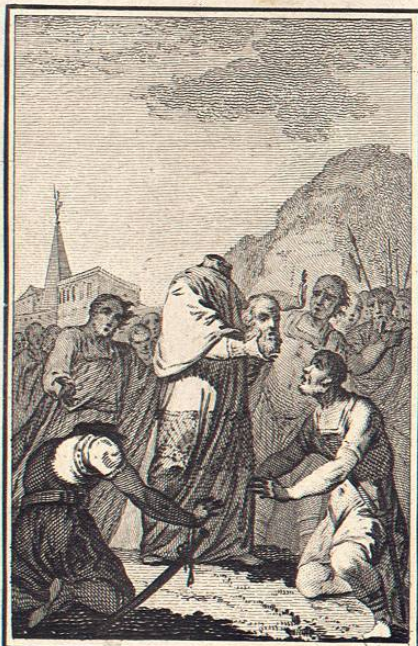
SAN ULBARICO, obispo, en Augsburg, ilustre por su admirable abstinencia, liberalidad, vigilancia, y don de milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA ISABEL, viuda, reina de Portugal, en Lisboa; cuya festividad por decreto del papa Inocencio XII se celebra el dia 8 de julio. (*Véase su vida en dicho dia.*)

LA TRASLACION DE SAN MARTIN, obispo y confesor, en Tours, y la dedicacion de la iglesia de su nombre consagrada tal dia como hoy, en el cual había sido tambien consagrado obispo algunos años antes.

SAN LAUREANO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

ENTRE los obispos célebres que han florecido en la Iglesia por su eminente virtud, y por su zelo apostólico en la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna S. Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la inferior Panonia, parte del reino de Hungria. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del pais, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que procuraron educar sus padres al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corría por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios había dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces, y sobrenaturales inspira-



S. LAUREANO,
ARZOB. DE SEVILLA.

ciones conducentes á los nobles designios, para los que le eligió la divina Providencia; quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana; y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones, y un asenso total á la doctrina del Evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad, dejó á su patria, padres y parientes cerca de los veinte años, y se partió á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, mediante á que florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros, á esfuerzos del infatigable zelo de los prelados de la misma iglesia.

Hallábase á la sazón obispo de Milan S. Eustorgio II, varon de grande mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole el motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles verdades de nuestra santa fe; y admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion, y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del Bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo, que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano de este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitiese en su alma sombra alguna que afease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea, se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido S. Eustorgio de la utilidad que le resultaria en un ministro de tales prendas, le ordenó de diácono á los veinte y cinco años; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro Santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigiliass, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimientos, singular en la hósptalidad, esclarecido en todo estudio de la milicia espiritual, y zelosísimo defensor de la fe católica contra los herejes arrianos, que con sacrilega impiedad procuraban manchar el mas sacrosanto dogma de nuestra santa religion.

Cuando Laureano vivia en Milan respetado, y aun venerado de todos por la inocencia de su vida, y demás brillantes prendas, dispuso Dios que hiciese tránsito á España. No nos dicen

los escritores de sus actas el motivo de este viaje; aunque algunos opinan que fué el de huir de Totila, rey de los ostrogodos en Italia, arriano de profesion; bien que otros discurren distintas probables conjeturas; en cuya incertidumbre parece que nos debemos inclinar á que esta trasmutacion la ordenó la divina Providencia para que se cumpliesen los altos designios que tenia sobre su persona. Dirigióse á Sevilla en tiempo que regia aquella cátedra Masixo, segun unos escriben; bien que otros con atencion á la época opinan que era Salustio, varon esclarecido en ciencia y santidad. No tardó Laureano en darse á conocer en aquella capital por la inocencia de su vida, por sus laudables costumbres, y por su zelo verdaderamente apostólico; por cuyos relevantes méritos fué promovido á la dignidad de arcediano de la misma iglesia, segun testifican varios autores; dignidad condecorada en aquellos siglos con la jurisdiccion amplia, y otras prerogativas que son notorias en la disciplina eclesiastica. Colocado en aquel alto empleo, fué el objeto de la admiracion, y aun de la veneracion pública la singular prudencia, la suavidad del trato, y la celestial doctrina de Laureano, y no menos su puntual asistencia á todas las obligaciones de su cargo.

Ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla por los años 520, segun el mas arreglado cálculo; y como los obispos sufragáneos (que por establecimiento de los antiguos cánones debian concurrir á la metrópoli, donde examinados los votos del clero é inclinaciones de los ciudadanos, eligiesen por metropolitano el mas digno entre los presbíteros, ó diáconos de la misma iglesia) no se pudieron juntar á la eleccion á causa de los maliciosos ardides de que se valieron los herejes arrianos para impedirlo; permaneció vacante aquella cátedra cerca de dos años hasta el de 522, en el que congregados, reconocidas las cualidades de aquellos que podian ocupar la silla arzobispal, fué preferido por universal consentimiento Laureano por la heroicidad de sus virtudes, por el conocido acierto que manifestó en su empleo, y con especialidad por su infatigable zelo por la religion católica; precisa circunstancia en aquellas criticas en que los herejes arrianos hacian las mas fuertes tentativas para que prevaleciese su impiedad.

Apenas se colocó en el eminente candelero de la iglesia de Sevilla la brillante luz de nuestro Santo, cuando acreditó con pruebas prácticas el acierto de su justificada eleccion. Su desvelo sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado, con menos dificultad se considera, que pueden las voces esplicarle. No satisfecho su corazon con surtir á su grey con los saludables pastos de celestial doctrina, y atender como padre caritativo á toda

clase de necesidades; perseguía los vicios con una entereza inflexible, al paso que con una dulce suavidad escitaba á practicar las virtudes; debiéndose á su zelo siempre activo la magnificencia del culto divino, y la reforma de las costumbres, dirigidas á este fin sus frecuentes predicaciones, sus sabias exhortaciones, sus consejos y sus apostólicas fatigas.

Penetrado del mas vivo dolor su corazon al ver tan arraigada en los ánimos de los godos la herejía de Arrio aplicó todo su esfuerzo en extinguir esta peste, que hacia muchos años inficionaba la nacion con su veneno. Con su celestial doctrina, y la realidad de sus ejemplos, confirmada la verdad de aquella con frecuentes milagros, logró que convenciese la admiracion, lo que no convencia la razon cristiana; aunque muchos cerrando los ojos á tanta luz, permanecian tanto mas culpables en su engaño cuanto la obstinacion era mas voluntaria. Diez y siete años consumió este ejemplarísimo pastor en el perpetuo ejercicio de su apostólico zelo, sin dar apenas lugar á la intermision indispensable que exige el natural descanso; por lo que ponderando el cardenal Baronio su mérito, dijo: que en el ardor de la fe y libertad de predicarla escedió Laureano á todos los católicos de su siglo.

A una virtud tan sobresaliente no podia faltar la prueba de la tribulacion, que acrisolase mas y mas sus merecimientos. Murió Alarico, rey de España, en el año 507, en la batalla con Clodoveo de Francia, y recayó la corona en su hijo Amalarico en la menor edad, por lo que su abuelo Teodorico, que reinaba en Italia, tomó á su cargo los oficios de tutor, y dió á conocer los de monarca en los dominios de España. Nombró por ayo de Amalarico, y substituyó por sí en la administracion del reino á Theudes, Theuda, Theudo ó Theudio, con cuyos nombres le llaman los escritores, varon sagaz, que valiéndose de medios injustos, llegó por fin á ocupar el trono en el año 531. En los principios de su reinado, mas atento á los intereses de su ambicion que á su secta, lo experimentaron los herejes arrianos poco ó nada favorable, y así ofreció una paz á la Iglesia capaz de que pudiesen los católicos ejercer libremente sus funciones. Pero apenas se aseguró en el solio, halló en su pecho, ó en su disimulo permission el orgullo de los arrianos, en términos que se introdujo en Sevilla y en todo su arzobispado tal iniquidad, que en breve creció en una terrible tempestad. Era el ánimo de los herejes dar fin á la vida del santo pastor, á quien miraban como á enemigo el mas temible; y en efecto inclinado Theudes á esto mismo, en fuerza de la calumnia que levantaron los secta-

rios contra la inocente conducta de Laureano, cuyo ardiente zelo por la defensa de la fe católica ofendia el ánimo de un príncipe profesor de la impiedad, se escitó contra él una sedicion furiosa, que amenazaba consecuencias funestísimas.

En esta constitucion lamentable, estando Laureano un domingo antes de romper el alba entre sueño y vigilia, se le apareció un hermoso jóven (que se cree fuese un ángel), adornado con vestiduras blancas, y llamándole en tono suave tres veces por su nombre, le dijo: *Levanta, y retírate de esta plebe maligna, que no merece gozar de tu presencia, ni ser defendida con tus ruegos: no dilates la fuga; acelera el paso, que yo he de guiarte. Y sabe que en tu ausencia quedará reducida á suma desventura esta ciudad: la asfijirá la hambre, la infestará la peste, y por espacio de siete años la negará Dios el beneficio de las lluvias; hasta que honrada con tus reliquias, su misericordia la visite, y convierta á penitencia los ánimos de sus moradores.*

A continuacion de tan funesto aviso, pasó Laureano al templo, celebró el santo sacrificio de la misa, y en un sermón que hizo al pueblo con su acostumbrado zelo hasta la hora de tercia, le manifestó deshecho en lágrimas los terribles castigos que amenazaban á Sevilla. Concluido este acto, corrió por las calles de la ciudad con el báculo en la mano el triste pastor predicando penitencia, como otro Jonás á los de Nínive, valiéndose de las armas de nuevo llanto y nuevos suspiros para vencer á los corazones rebeldes, y moverles á arrepentimiento de sus culpas. Despidióse del pueblo con estos tristes síntomas, salió de Sevilla ya puesto el sol, acompañado del mismo jóven que le ordenó la fuga, y dirigió su rumbo para Roma. Fué su camino un itinerario de prodigios, memorable entre otros la vista que dió á un ciego, y la resurreccion de un difunto, los que llevaron la fama de su santidad por todas partes.

Llegó Laureano á la capital del orbe cristiano cuando ocupaba la cátedra de S. Pedro Vigilio, único de este nombre, quien informado de su venida, y del motivo, le trató con el honor correspondiente á su dignidad, y con el amor de que era digna su persona. Sirvió de mucho consuelo al papa un varon de virtud tan conocida, en tiempo que combatian su angustiado corazon por una parte las invasiones de los godos en Italia, y por otra las inquietudes de la Iglesia en el Oriente; acrecentando sus temores no menos la fácil condicion de Justiniano, que la presuntuosa audacia de Teodora Augusta; cuyos designios se convirtieron de favorables en contrarios al sumo pontífice, desde que sus rectísimos fines impidieron los medios injustos de que se

valió la emperatriz. Quiso Vigilio, para dar á nuestro Santo pruebas de su estimacion, que celebrase de pontifical en la basilica de S. Pedro; bien fuese en la festividad de su cátedra en Roma, ó en otra distinta sobre que se controvierte. Hizolo Laureano, obediente á las insinuaciones del vicario de Jesucristo, y reparando al salir del templo, acompañado de muchos obispos y otras personas del clero y de la primera nobleza, en la puerta del Vaticano á un pobre anciano baldado de pies y manos, que encendido en viva fe le pedia que le sanase; no menos movido de compasion, que de confusion al oír que le creia con tanta virtud, que pudiese dispensarle aquel beneficio; como su corazon era no menos magnífico que caritativo, antepuso á los respetos de su humildad la causa del doliente.

Quiso el Santo usar del arbitrio de que toda la comitiva volviese á entrar en la basilica á orar para que el Príncipe de los apóstoles se dignase repetir con aquel enfermo igual prodigio que el que ejecutó en vida con otro de su clase en la puerta del templo de Jerusalem, á fin de atribuirle á S. Pedro la gloria de aquella accion; pero Dios no quiso pasar por este disimulo, pues dando á la virtud de su siervo el crédito de que se escusaba, apenas dijo al tullido, *haz que los que te traen te pongan ante los umbrales de S. Pedro, que por sus méritos conseguirás la salud*, la consiguió perfectamente; causando este milagro los mismos efectos en los concurrentes, que causaria en nosotros al ver semejante maravilla.

Persuadióle Vigilio que se detuviese en Roma, conociendo los ventajosos frutos que resultarían á aquella viña con tan admirable obrero: condescendió el Santo con el orden del vicario de Jesucristo (aunque no nos consta el tiempo fijo de su estancia en aquella capital), y estando en oracion en cierta ocasion, comunicando con Dios sus afectos por este medio, se le apareció el mismo jóven, perpetuo y fiel compañero, y le habló en los términos siguientes: *Ea Laureano, ten buen ánimo, pues se acerca el glorioso fin de tus fatigas, el logro de tus deseos, y el premio de tus méritos. Camina á Francia, donde es voluntad del Altísimo que en Tours visites el cuerpo del gran confesor S. Martin; haz allí oracion, prepárate para el martirio, y parte luego á recibir la palma al territorio de Bourges, en cuyos espaciosos desiertos está el lugar ó aldea llamada Vatan: su campo es el teatro que destina Dios á la mayor de tus victorias, y superior de tus triunfos. Por todas partes te buscan ministros del rey, y es voluntad de Dios darles permission en aquel sitio para la consumacion de su delito por la de tu mérito. A Sevilla será llevada tu*

cabeza, donde consagrado templo al Altísimo en honor tuyo, será colocada y venerada: así tendrá la profecía cumplimiento: aplacará Dios sus enojos; mirará aquella ciudad con clemencia, y la favorecerá con lluvias y frutos. Pórtate, Laureano, como varon fuerte, que es muy grande el premio que te espera.

Recibió Laureano con inesplicable gozo tan alegre nueva, como término de sus fatigas, y serenidad de sus congojas, mirando ya cerca la gloria de testificar la fe con la sangre de sus venas, y de que se aproximaba la felicidad de Sevilla, mediante á que Dios se dignaba moverla á penitencia, pues trataba su misericordia del remedio. Encendido su corazon en semejantes afectos, y no menos impelido de ellos, salió de Roma para Francia, y aunque los escritores pasan en silencio los acontecimientos de este viaje, parece creible que se derramaria por todas partes el buen olor de su virtud; de modo, que pudieran entender los agresores, que le buscaban por varias provincias, su arribo á aquel reino. Llegó á Tours, y habiendo visitado el sepulcro de S. Martin, é implorando en aquel santuario la divina asistencia, nuevamente encendido en vivísimos deseos de lograr cuanto antes la dicha que deseaba, partió al territorio de Bourges, antiquísima metrópoli de Aquitania, hoy capital del Berri, de la que dista siete leguas hácia el occidente el lugar de Vastino ó Vatan, corta poblacion entonces, en cuyos desiertos se le habia revelado que conseguiria la corona del martirio: en efecto, apenas caminó media legua de este lugar, cuando acometido de los que habian de emplear en su inocente vida su inhumana crueldad, separaron con un terrible golpe la cabeza de sus hombros, consiguiendo por este medio la corona apetecida en el 4 de julio por los años 446.

Luego que ejecutaron los homicidas el atentado, les invadió un repentino terror que los puso en precipitada fuga; pero poniéndose en pié el venerable cadáver, llevando en las manos su cabeza, siguiéndolos, los dijo: *Esperad, tomad esta cabeza; llevadla á Sevilla, y entregadla al que os envió por ella*. Absortos los agresores con tan estupenda maravilla, convirtiendo en reverencia el horror, y en viva fe su perfidia; postrados ante el Santo recibieron la preciosa alhaja para cumplir el orden de su rey, y enterraron á su cuerpo en una cueva, hasta donde habia caminado siguiéndoles.

Algunos autores escriben que fué Totila el rey que dió el orden á los ministros para que llevasen á Sevilla la cabeza del Santo, suponiéndole rey de España; pero no habiendo habido en el reino soberano de este nombre, se cree con gravísimo fundamento, atendiendo á la época del suceso, que fué Theodes, á la

sazon reinante en España, que despachó por todas las provincias pesquisidores de Laureano, á fin de que le diesen muerte. Bien que pudo valerse de Totila, rey de Italia, sabiendo que en ella moraba Laureano, para que auxiliase sus intenciones, lo que me parece pudo dar motivo á semejante equivocacion de atribuir á Totila el execrable hecho.

Partieron los agresores con la cabeza del inclito mártir, y al entrar por los dominios de España, se comenzó á experimentar la beneficencia del cielo, saciando universalmente con lluvias abundantísimas la escasez que tantos años padecía la tierra. Supo Theodes este y otros prodigios, que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fiel siervo, y arrepentido de su delito, salió á recibir, á pié descalzo, el precioso tesoro, depuestas las insignias reales, vestido de cilicio, y rociada de ceniza la cabeza, queriendo le acompañasen á aquel acto de reverencia muchos obispos, sacerdotes y próceres del reino. Recibió Sevilla la preciosa reliquia de su santo obispo con universal aplauso, cesaron todas sus plagas, purificáronse los aires, fecundáronse los campos, y volvieron á ver los habitantes del pais los benignos influjos de aquel apreciable clima.

No quiso Dios que solo España gozase las reliquias del insigne mártir. A los tres dias de su muerte, estando en oracion el obispo de Arles en el sepulcro de S. Cesario, que algunos dicen fué san Eusebio, y otros con mas fundamento que S. Aureliano, le avisó un ángel para que pasase al territorio de Bourges, y diese sepultura al cuerpo de Laureano, que hallaria cerca de la villa del Vatan, en una cueva de aquel desierto, manifestándole todo el suceso. Partió sin dilacion el prelado de Arles al indicado sitio, y habiendo encontrado el cadáver, ejecutó su funeral, y trató despues edificar sobre su cuerpo una capilla en honor del Príncipe de los apóstoles, cuyo título se trasmutó con el tiempo en el de S. Laureano, á virtud de los muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por su intercesion, y aun se erigió despues en parroquia. No fué tolerable á los vecinos del Vatan, que el santuario donde se veneraban las reliquias del Santo estuviese retirado del pueblo, defraudando la distancia su culto, y mayor consuelo á los naturales; y movidos de este zelo, le erigieron templo en la misma villa, al que trasladaron su venerable cuerpo, habido en grande veneracion, hasta que invadieron los hugonotes el territorio de Bourges, robaron y destruyeron los templos, ultrajaron las santas imágenes, profanaron los sepulcros, y redujeron á ceniza las reliquias que se veneraban en ellos; entre cuyos insultos tambien fué materia del enorme sacrilegio el cuerpo de san



S. ULRICO, O.

Laureano ; pues no contentos los impíos violadores con arruinar su templo , y robar sus alhajas , le entregaron á las llamas ; pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso , que se dice ser del brazo , hallado con universal consuelo de los vecinos del Vatan , le colocaron en lugar decente , hasta que en el año 1100 reedificando el templo destruido en forma mas augusta que la antigua , le depositaron en él , donde en el 4 de julio , dia de su martirio , se celebra su festividad solemnissimamente.

La cabeza del Santo no hay duda que se conservó en Sevilla en grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los árabes , de cuyas bárbaras manos la preservó el Señor , como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli , celebrado en el año 1604 por estas palabras : la cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa Iglesia , donde se ha continuado su culto con toda magnificencia , dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo.

SAN ULRICO, OBISPO DE AUGSBURGO.

ULRICO , ó Uldarico (pues tambien se le nombra así) fué de una de las casas mas antiguas y mas ilustres de Suavia , y nació el año 863 , siendo su padre el conde Ulcaldo , y su madre Tierberga , hija de Aucardo , uno de los primeros duques de Alemania la alta.

Por la enferma y delicada complexion de Ulrico se creyó al principio que no podría vivir ; pero el Señor , que le tenia destinado para ser uno de los mas santos prelados de su siglo , contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad , el despejo , la noble ingenuidad , el agrado , y el claro ingenio que descubrió desde luego , estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podría lograr , ni mas cristiana , ni mas caballerosa , que en el célebre monasterio de S. Galo , famoso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias

Enviáronle allá á los siete años de su edad , y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas , y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monges de su bello natural , de su inclinacion á la virtud , y de su aplicacion al estudio , le amaban todos tiernamente , deseosísimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico , pues aunque el mun-